

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 25 / Septiembre-Diciembre 2021

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

DIRECTORIO

Dr. Francisco Javier Avelar González
Rector

Mtra. Ana Luisa Topete Ceballos
Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Dra. Adriana Álvarez Rivera
Jefa del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera
Director General de Difusión y Vinculación

Mtra. Martha Esparza Ramírez
Jefa del Departamento Editorial

Mtra. Sandra Reyes Carrillo
*Coordinadora de las Revistas para la
Licenciatura en Letras Hispánicas*

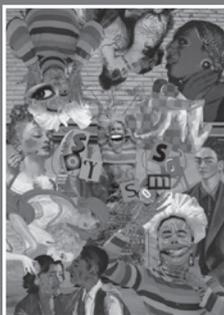


Imagen de portada:
Soy, somos
Odelie Becerra Machain

PIROCROMO

Editor:

Daniel Isai Mata Velázquez

Editora adjunta:

Aurea Ariel Avila Macías

Consejo editorial:

Fanny Jacqueline Rubalcava Terrones

Fernanda Padilla Jiménez

Javier Ojeda Ojeda

Laura Sharaí Reyes Vázquez

Luis David Muñoz Rico

María Daniela Ambriz Delgadillo

María Fernanda Sánchez Márquez

María Fernanda Sánchez Morales

Marissa Paola Acevedo Godínez

Misael Alejandro Delgado González

Natalia Montserrat Luna López

Samael Vallejo López

Sara Yatziri Ayala López

Valerie Anaya Ruiz Esparza

Diseño gráfico:

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

L.D.G. Teresa Quintana Rivas

Contacto:

revistapirocromo@gmail.com

<https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>

Facebook: @pirocromo

Instagram: @revistapirocromo

Twitter: @PIROCROMO

*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

ÍNDICE

Editorial

3

Dossier LGBT+

> NARRATIVA

Conexiones

Luis Norberto Palos Márquez

15

La piedra cárdena

Iván Medina Castro

31

¡Viva México!

Antonio Orozco

36

> POESÍA

Había una vez

Nathaniel Mendoza

(Poesía para la niñez diversa)

4

Monstruo

Ana Cristina Robles Arrellano

(Poesía para la niñez diversa)

5

Ella escribe cartas de amor

Odette Alonso

10

La sirena

Ambrosia

13

Espiritrompa

Víctor Ignacio Ruiz Esparza Díaz

20

tiresias

Mario Frausto Grande

30

Blasfemia

Alejandra Pérez Cruz (Nexcoyotl)

44

Nacer a los 14 para morir a los 27

Ivonne Lara Navarro

45

A ella (que también soy yo)

Daniel Nizcub

59

> PROSA POÉTICA

(Intitulades)

Leodan Morales

33

> ENSAYO

La disidencia sexual y de género como una resistencia política desde lo monstruoso en *Una mala noche la tiene cualquiera* de Eduardo Mendicutti

Aman Baltezar

21

> ENTREVISTA

Conversando sobre el amor lésbico en la literatura. Entrevista con Odette Alonso

Consejo editorial

7

Poesía en transición. Entrevista con Daniel Nizcub

Consejo editorial

49

> IMÁGENES

Índice

62



EDITORIAL

Si tuviese que elegir unos versos que definieran a este nuevo dossier de *Pirocromo*, que se presenta ante ti, ahora, como una revista inocente con una portada igual que su contenido: diversa, serían los que nacieron de la voz de Francia Perales: “Buscaré otro rostro que me quede, buscaré y me pondré el que yo quiera, el que yo desee y no el que otras personas me confieran”. Porque el propósito de hacer un número que tuviese como móvil el colectivo LGBT+ fue desde la intención de buscar que cada una de las personas de la disidencia abordara su identidad desde su propia voz, sin ser el objeto de arte ni de estudio de nadie. También sabíamos todo el equipo editorial que buscar hacer un número con una diversidad grande, a pesar de que se nos diga que es una minoría, era trabajar para que cada letra, cada sigla, cada sentir, cada manera de amar, de ser, de luchar y de vivirse disidente fuese representada —mejor aún, las más ignoradas y violentadas—, para que juntas, desde la literatura, formasen, más que un grito, un canto que manifieste “Soy, somos, aquí estamos, aquí existimos, aquí nos quedamos”.

Yo, ¿qué puedo decir al respecto? Lo mejor es que no dijera nada, que sólo agradeciera a las, los y les colaboradores, a Odette Alonso y a Daniel Nizcub por su entusiasmo siempre cálido de compartirnos su poesía que abraza, a cada una de estas voces, que con sus versos, su palabra, que siempre puede ser un acto performático para la cultura de paz y respeto, nos enseñan que la vida no es de un solo color, ni sólo es del arcoíris siempre bello en una atmósfera húmeda, también caben otros colores que, a la vez, son olores, son tactos, son sabores, son todo; porque la existencia es, como ya escribí: diversa.

Daniel Isaí Mata Velázquez

HABÍA UNA VEZ

Nathaniel Mendoza

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Poesía para la niñez diversa

Había una vez, hace mucho tiempo,
en un país de un nombre que no recuerdo,
un príncipe en una torre encerrado
que recibía halagos por ser tan guapo.

PIROCROMO

4

#25 LGBT+

Aun así lo trataban como harapo,
esto le hacía sentirse desdichado;
fue al cambiar a un pecho masculinizado
en vez del que le hacía sentirse un sapo.

Los aldeanos con su gente conversaron,
para llamarlo la princesa sucia.
Una noche, juntos todos le afrontaron.

Las ropas de su corte se transformaron
de azul imperial a azul de Prusia,
se acercaron y enferma lo nombraron,
se vio arruinado, sus años se llevaron.

MONSTRUO

Ana Cristina Robles Arellano

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Poesía para la niñez diversa

Hay un monstruo en el armario,
es lo que ha dicho mamá.
El monstruo me da miedo
me puede comer, tiene garras y dientes.

El monstruo no quiere salir, lo juzgan.
Mí mamá dice que lo merece,
que los héroes se encargarán de él.

¿Los héroes hacen daño?

El monstruo tiene corazón,
su corazón late y ama, vive;
su corazón no distingue color.
A los héroes no les parece bien esto.

El monstruo tiene un amor,
pero no pudo estar con él,
por eso no quiere salir del armario:
teme que ellos dañen a su amor.

El monstruo ya no se puede ocultar,
pero aún me da miedo,
me da miedo de que lo vayan a dañar,
porque yo soy a lo que teme mamá.

PIROCROMO

5

#25 LGBTQ+



Ramé, Laura Valcira Estrada Arias.

CONVERSANDO SOBRE EL AMOR LÉSBICO EN LA LITERATURA

ENTREVISTA CON ODETTE ALONSO¹

Consejo editorial



Foto por: Pascual Borzelli.

Para iniciar, ¿cuál es el contexto de la poesía lesbica mexicana contemporánea, como las principales autoras, tópicos, generaciones?

Acaba de salir, justamente de las prensas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, *Versas y diversas. Muestra de poesía lesbica contemporánea mexicana*, una reunión de poemas de tema lesbico que compilamos Paulina Rojas y yo. Es pionero porque, por primera vez en la literatura mexicana, se logra hacer un libro tan amplio que es, precisamente, un panorama de la actual poesía. Reúne un centenar de textos de 53 autoras procedentes o residentes de 16 estados de la República, desde Tijuana hasta Cancún; mujeres nacidas entre 1939 y 2000, pertenecientes a tres generaciones de escritoras, desde Reyna Barrera hasta Citlalli Santos e, incluso, algunas extranjeras residentes

¹ Es poeta y narradora. Nació en Santiago de Cuba y reside en México desde 1992. Su cuaderno *Últimos días de un país* obtuvo el Premio Clemencia Isaura de Poesía 2019 en Mazatlán; con *Old Music Island* ganó el Premio Nacional de Poesía LGTBTTI Zacatecas 2017 e *Insomnios en la noche del espejo* mereció el Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén en 1999. Autora de quince poemarios, una novela y dos libros de relatos. Compiladora de la *Antología de la poesía cubana del exilio* (2011) y coeditora de *Versas y diversas, muestra de poesía lesbica mexicana contemporánea* (2020).

en México. Eso apunta a que el contexto de la actual poesía lésbica mexicana es variado, potente y floreciente y, a propósito, hay varias autoras de Aguascalientes (¡hasta rima!).

En tu poesía hemos encontrado una confluencia de imágenes, como la presencia de humedad que indica el consentimiento, o la ausencia de luz que nos priva de una verdad. ¿Cuáles crees que son las imágenes poéticas más frecuentes en tu poesía para describir el vínculo lésbico?

Creo que, en mi poesía, y también en mi narrativa de ese tono, hay muchas aristas desde donde observar el hecho lésbico. Desde el enamoramiento platónico hasta la decepción amorosa, desde el goce sensual hasta los prejuicios que lo impiden, desde la claridad erótica hasta la insinuación que trata de esconderla, y todo lo que queda en medio. Aunque no es mi único tema ni mi único enfoque, es una parte importante de mi obra que ha pretendido visibilizar la existencia lésbica. Les recomiendo algunos de mis libros de ese tema: *Old Music Island*, que ganó el Premio Nacional de Poesía LGBTTTT 2017; *Con la boca abierta y otros cuentos* (Voces en Tinta 2017), la novela *Espejo de tres cuerpos* (Quimera 2009) y el más reciente, *La fiesta del dolor y otros cantos* (Los Libros del Perro 2020).

¿Consideras que en tu poesía existe una subversión de los personajes tópicos como Eva y la manzana prohibida o Lilith para reivindicar el cuerpo y el deseo femenino? ¿Cuál es el funcionamiento de estos entes que se autonombran?

Hay una serie de poemas que escribí en los noventa del siglo pasado que tuvieron esa intención: revisar, subvertir e imaginar otras posibilidades a las historias de mujeres icónicas de la literatura y la mitología: cómo Eurídice hace voltear a Orfeo; qué hubiera sido si antes de Adán, Eva se autocomplaciera; cuán aburrida sería la vida de Helena de Troya si se hubiera quedado con Paris; la paciencia con la cual Penélope esperaba a Ulises; la exigencia de la reina Dido a Eneas para que no la abandone, y cómo nos meten el diablo en el cuerpo algunas Margaritas. En el caso de Lilith, la intención es nombrarla, hacerla existir, gozosa y provocativa, y no tan negada como ha sido.

Ahora bien, sabemos que tanto en la poesía como en la narrativa eres una gran maestra, podrías compartírnos: ¿has meditado sobre cuáles estrategias narrativas y líricas están establecidas dentro de tu obra para diferenciar el afecto erótico-romántico del amor sororo entre mujeres?

Hay un relato en *Con la boca abierta y otros cuentos* (México, Voces en Tinta, 2017) que puede ser el perfecto ejemplo: “Las dos caras de la luna”. En él, Andrea, la protagonista, se mueve entre el “amor prohibido”, pero realizado, a Selene y la amistad con Marina. Es una oda a la amistad, matizada de un tono humorístico que le da un tono excepcional. También en la novela *Espejo de tres cuerpos* hay líneas dedicadas a la amistad y la solidaridad entre mujeres. Ese tono, esos personajes, están en toda mi narrativa: amigas y amigos hay en todos los relatos.

Por último, ¿qué le dirías a las autoras jóvenes de la disidencia sexual que comienzan con el quehacer literario?

En primer lugar, que sean valientes y se permitan tratar el tema en su literatura; que no escuchen a quienes dicen que es literatura “menor” o que no es necesario hablar de “intimidades” en público. Pero también, no se conformen con la anécdota, hay que aprender las técnicas de la creación literaria, eso garantizará llegar a más lectores y de manera más efectiva. Tengan confianza, persistencia y mucha suerte en ese intento.

ELLA ESCRIBE CARTAS DE amor¹

Odette Alonso

Sentada frente al mar
al cobijo del viento que amansa el mediodía
garabatea letras
que nadie
en ningún tiempo
leerá.
Escribe para ella
para el viento que vuelve como un viajero antiguo
para el mar
esa burla de espuma y de salitre.
Lentamente
dibuja un nombre
una ilusión
un cuento donde el príncipe es princesa
es amazona
es labio tierno donde libar la sed.
Ella mira al transeúnte y se lamenta
tanto soñar para que en un segundo
el sueño se despeñe.
Y era tan simple
era decir amor
aroma de conífera
sutil columna de humo donde el nombre se eleva
penetra por el cuerpo al pulso de la sangre
se vuelve idioma interno

PIROCROMO

10

#25 LGTB+

1 Poema extraído de *La fiesta del dolor y otros cantos*, de Odette Alonso, Los libros del perro. México, 2020. Disponible en: <https://loslibrosdelperro.com/tienda/>

dolor que simboliza una presencia.
Era tan simple escribir con letra pequeña
decirlo en un susurro al sol del mediodía
con la tinta indeleble con que se inventa un beso
con que se escriben cartas que el correo inspecciona
y no deja llegar a su destinatario.
Era tan simple un gesto
la vista al horizonte
la mirada topando con lo desconocido
halo de luz en el paisaje de la tarde.



Moonlight, Paola Denis García Prieto.

La sirena

Ambrosía

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

El mar llegó hasta mi puerta
y me obligó a salir
y beber de él.
En realidad era una sirena.
La primera que me desató del mástil,
me miró a los ojos huidizos
y me hundió en sus aguas.

Su voz rompió mis espejos adormecidos.
Dejó su imagen goteando en mi memoria,
escurriéndose a todas horas;
su risa cosquilleándome,
sus palabras mordiendo
—rozando mis pezones desde el inicio del tiempo—,
susurrándome los secretos del porvenir.

Cruzamos el cielo derrumbándose
mientras derramábamos lágrimas
que después sembramos con nuestras pisadas.
Encontramos nuestras manos
—esas mismas manos inmortales—
navegándose, desbordándose;
diluyéndonos en el agua
hasta dejarnos indistinguibles.

Naufragué
—naufragamos—,
surgimos de entre las aguas,

PIROCROMIO

13

#25 LGBTQ+

nacimos;
nos reencontramos después de vidas.
Y la sirena, sin hablar
—ya capturados mis ojos fugitivos—,
me siguió arrastrando
hasta arribar.

Ella vino, el mar alebrestado,
a ahuyentar mis aguas dulces
y me amó hasta dejarme sin vida
para que pudiera renacer en ella.
Resurgí de las aguas, de la espuma,
renovada, como una diosa
empapada
de sí misma.

Yo nunca había visto el mar,
no lo conocía.
Hasta aquel día que llegó a mi puerta
y me ahogó.

Conexiones

Luis Norberto Palos Márquez

Lic. en Letras Hispánicas UAA

Dejo a Mario en Balderas. Habíamos tomado juntos el metro en Insurgentes después de brindar con un par de tragos en un bar de Amberes. Hicimos la conexión con la línea verde, sólo que con diferentes direcciones: yo iba hacia Universidad y él hacia Indios Verdes. La pronta despedida, demasiado pronto para mi gusto, se la debía en gran medida a Carlos que, no contento con privarme de la presencia de Mario la mayoría de los fines de semana, le había limitado la hora de regreso.

¿Sabías que hoy es la cuadragésima primera marcha? ¿Y eso qué tiene que ver? El número 41. Este número le viene como anillo al dedo a la celebración y, en lugar de festejarlo como se debe, Carlos te sale con estas mamadas. Ya bájale a tus huevos, pendejo. Algún día teníamos que sentar cabeza.

Aunque no se me suele subir el alcohol con tan pocos tragos, la rapidez con que Mario me hizo tomarlos, así como el tiempo que tenía sin beber, parecían haber obrado en mi contra. Y creo que la noticia que me había dado Mario, de que él y Carlos habían comenzado a informarse de la gestación subrogada, terminó por desconectarme los pies del piso. Ahora mi mente orbitaba muy lejos.

Cuando nos despedimos en Balderas, Mario me preguntó antes de separarnos si estaba bien. Hice mi mayor esfuerzo por persuadirlo de que todo estaba en orden y no se separó de mí hasta que no logré convencerlo. Cuando lo perdí de vista en la marea de gente, acepté por fin que las cosas habían cambiado y ya no serían como antes.

Al ir bajando por las escaleras tuve que sostenerme porque sentí un repentino vértigo. ¿Había bebido demasiado? Una chica que venía subiendo las escaleras se acercó a mí preguntándome si necesitaba ayuda. Yo apenas pude mirar su cintura moldeada por un extravagante

PIROCROMIO

15

#25 LGBTQ+

corsé y su extraña y larga falda esponjada. Le dije que no y le resté importancia, irguiéndome y prosiguiendo con mi descenso. El malestar pasó rápido. Qué pinche ropa tan más rara llevaba esa chica. Aunque una parte de mí comenzó a jugar a imaginarme vestido con esas prendas; una elegantísima señora con peluca, pechos postizos, aretes y bien enchapetada. Podía ser como los jotos de antes: cumplir durante el día mi deber como buga productivo de la sociedad, pero escapar en la noche a vivir con los demás habitantes del inframundo urbano nocturno que cada vez está más prostituido.

Siempre me ha llamado la atención lo exagerados que son los chilangos con el calor; no puede estar por encima de los veinte grados porque ya se están quejando. A mí el clima de México se me hace de puta madre. Cosas de provinciana, me dice Mario siempre que se la hago de pedo por tanta pinche queja por el clima, pero es que de verdad me gusta. Nunca hace demasiado calor ni demasiado frío. Rara vez llegamos más allá de los treinta grados en esta ciudad. La única excepción, y donde sí les hago eco a los capitalinos, es dentro del metro. En el putito metro siempre hace un chingo de calor. La ventilación es mala, el aire acondicionado siempre va apagado y, si a eso le agregamos que los trenes siempre van repletos de gente, hediendo y sudorosos, da la sensación de que el Infierno no puede ser muy diferente. El calor viciado que hay dentro de los vagones es insoportable.

Por eso, como siempre, me dirijo al punto más lejano del andén, para subir al último vagón. Por inercia, me digo. Los vagones centrales, que conectan con los pasillos de cada estación, suelen ser los más abarrotados. En horas pico esta situación es peor; por eso siempre me dirijo al final del andén. Pero hoy, un sábado por la noche, la gente busca acercarse al centro de la ciudad y no a las periferias. El andén está casi vacío. Aunque miento, no sólo por inercia me acerqué al final del andén.

Aunque traté de convencer a Mario, y a mí mismo, de que estoy bien, la verdad es que no lo estoy. Creo que más que nada me siento algo decepcionado. No sé. ¿Debería querer sentar cabeza como él? Habíamos planeado, como años atrás, ponernos una peda para estas fechas. Antes no hacía falta organizarse con tanta antelación, pero ahora las oportunidades de coincidir eran cada vez más escasas. Mario, Quique y yo éramos conocidas como las Mosquetebrias por nuestros amigos de la facu, porque jalábamos a todas las pedas y porque siempre

estábamos una para todas y jotas como ninguna. Ya después de que nos graduamos las cosas cambiaron un poco. No al principio, sino hasta que llegó el Carlos, que ya me superó los celos y descubrió que no le iba a meter mano al Mario, que casi sería incesto porque yo a él lo quiero como a un hermano; y más, porque a los amigos, a diferencia de los hermanos, uno los escoge. Aunque es cierto que ya antes me llegué a meter con Mario, pero fue cuando acababa de entrar a la facu y yo era nueva en la ciudad. Por primera vez fuera de la provincia quedé obnubilado por la apertura y el ambiente bohemio que ofrecía la gran ciudad. Pero de eso ya hacía mucho y la verdad la experiencia no nos había dejado con ganas de repetirla.

Aunque un corsé bien podría limitar mucho mi respiración, al pasar los dedos por mi cintura no puedo dejar de admirar lo bien que se siente que todo esté firme. Si a eso le agrego la experiencia que tengo cuando las manos de otros hombres se posan sobre mi cintura, la cosa se pone mejor. Acostumbrado a tener que mostrar fortaleza en todo momento, disfruto en silencio los momentos en que me puedo sentir frágil. Me sorprende un poco hasta dónde llega esta bilocación, pero le resto importancia. Quizá sí bebí más de lo que pensaba.

El próximo convoy llega, se para con su usual sonido chirriante que en horas concurridas parece llamar a la gente para aproximarse con más prisa, con el objetivo de conseguir entrar en el vagón y no quedarse esperando el próximo tren. Entro. Decido sentarme en uno de los asientos que mira hacia la cola del convoy, pegado a la pared del carro. El vagón va casi vacío. Al otro extremo del vagón en que vamos sólo hay un par de señores platicando, recargados el uno contra el otro. Se separan un poco y me dirigen una mirada vacilante. Cuando me ven dándoles la espalda, despreocupado, se vuelven y regresan a su posición inicial. Envidia, no sin cierta sorpresa, la alarma siempre activa en los maricones más viejos, nacidos en tiempos más cerrados para los de nuestra condición, pero menos contaminados por el sueño buga. Yo, la que más insistía en participar en cuanta manifestación a favor de “nuestros derechos” se nos cruzaba, estaba muy sorprendida de lo que acababa de pensar.

La Quique también era bien parrandera. A ella también la conocí recién entré a la facu, sólo que ella era dos años más grande que yo. Me la presentó Mario, que la había conocido a su vez porque anduvo con un amigo de la Quique; al final él terminó con ese bato, pero la

amistad con la Quique se conservó. Durante mucho tiempo la admiré mucho por su manera de vivir la vida. Toda bohemia ella. Loca, femenina, peleonera (especialmente si se la hacían de pedo por sus joterías) y bien alcohólica. Se ponía unas buenas pedas. Eso sí, nunca malacopeaba. Pero poco antes de la boda de Mario comenzó a bajonearse, a dejar de salir con nosotros si no quedábamos temprano, hasta le bajó a la jotería un poco, aunque siempre se le olvidaba y después de un rato era casi la misma. Casi, porque ya no quería que nos refiriéramos a ella en femenino. Digo, a él; la costumbre. El Mario también se mamoneó con las salidas por un rato, pero le bajó cuando Carlos me conoció mejor y me dejó de tener celos, pero igual le controlaba mucho las salidas a Mario. No le gustaba que saliera tanto por las noches y sin él porque “las jotas son muy putas y no respetan la propiedad ajena”, pero tampoco le gustaba salir con nosotros, así que muchas veces el Mario me dejaba abajo por regresar temprano al lecho nupcial, como buena esposa fiel.

En Centro Médico entra un mayate, de esos a los que se les nota a leguas que lo son, pero les gusta disimular y hacerse pasar por bugas. Trae todo el cuerpo tenso y abre mucho los pies al caminar, muy forzado. Su mirada me examina discretamente mientras se acomoda en el asiento más cercano a las puertas. Sin mirarlo a los ojos tomo una decisión y me toco la entrepierna. Ni se la piensa; se levanta y se sienta a mi lado. Por el rabillo del ojo volteo a ver hacia atrás, discretamente, antes de que el tren recomience su marcha. Los dos señores se están bajando. Qué raro, antes no me había percatado de cómo iban vestidos; muy elegantes, en traje, como si fueran a una fiesta, ensombrerados, con guantes blancos y bastón en mano. Qué excéntricas pueden ser las jotas.

Aunque el calor del metro me caga, la cajita feliz es uno de mis lugares favoritos de toda la ciudad, un lugar de resistencia. Vuelvo a ser una señora mostachuda toda emperifollada. Paso de la mano de un joven mozalbete con espeso bigote retorcido a la de otra. Sus manos rozan mi talle y de vez en cuando acercan su rostro al mío para robarme un beso en los labios, en la mejilla, en el cuello. Pruebo sus labios, la mayoría saben a alcohol. Sus rostros sonrosados y contentos, las pupilas dilatadas. Se escuchan las risas de fondo cuando termina la pieza de música. Mi último acompañante me pasa una mano por la espalda mientras con

la mirada me indica un sitio por el que desaparece otra parejita. Mis manos bajan por su espalda y sonrío con picardía. Los seguimos.

Me agarro con más fuerza la entrepierna, con la otra mano me bajo la bragueta. El mayate, aflojando ya completamente la presión del cuerpo con la que entró, me saca la verga y se la mete en la boca. Los guantes, anteriormente tan majestuosa y cuidadosamente portados, caen en el suelo sin miramientos ni cuidados. Se va formando una cama de cuellos de encaje, chaquetas, pantalones y corbatines de seda y satín, zapatos y botines muy ornamentados. Y sobre esta cama improvisada, una masa de cuerpos enzarzados en una bacanal. Mi vestido cae sobre los muslos de un joven y quedo expuesta ante todos, trasfigurada. Una identidad bifronte; un animal que se muda de su antigua piel y renace al dejar caer su anterior disfraz.

Su cabeza sube y baja con más fuerza. Mis manos, que hasta ese momento habían descansado sobre mis costados, se ciernen sobre su cabeza, empujándola más sobre mi ingle. Siento la sangre arder, un espasmo que empieza a recorrerme como nunca antes. Mi verga está a punto de estallar cuando se abren las puertas en Zapata. Ya no nos importa que nadie nos vea. Siento un ardor sin precedentes; algo secreto y radiante se eleva. De repente estallo dentro de su boca.

Después de un tiempo miro a mi alrededor, pero ya no me encuentro encerrado en el vagón del tren. Hay salpicaduras blancas sobre todos los cuerpos de hecatónquiros tendidos aún en frenesí. Hermafroditos reuniéndose con sus pares en ardientes abrazos y desprendiéndose de ellos segundos después para reunirse a otros. Yo, exhausto y relajado, recargo mi cabeza sobre el vientre de mi compañero más cercano mientras me fundo en un beso con otro de ellos. Sé que debería de indagar más en la metamorfosis acaecida, pero es que sólo quiero dejarme llevar y perseguir el dulce amor que me ofrecen mis pares sin tantas restricciones y requisitos.

ESPIRITROMPA

Víctor Ignacio Ruiz Esparza Díaz

Lic. en Letras Hispánicas UAA

Transubversiva, diluye nuestros muros
y vuélvete mar, a ratos o de a poquito, aunque sea,
igual que tus ojos negros
cuando se abren porque no estás dudando
para mirarnos dentro.
¿Alguien te dijo que estabas rota?
Es que es demasiado compromiso
encontrarte en este sagrario de anormales y máscaras.
Sabes que tu esencia es clara
y late en el fálico placer de tu entrepierna...
pero es más fácil enjuiciarte que entenderlo,
satanizarlo, que adorarte
("¡Rojo! ¡Ateo! ¡Espiritrompa! ¡Tilonorrinco!"),
porque hacer el amor y gozarte es cosa antinatural,
igual que el *rock* y la *pizza*,
que el pecado original que nos dio conciencia,
pensamiento y albedrío;
antinatura igual que un trasplante de corazón,
que la leche de fórmula y el brazo inseminador de un ganadero;
igual que usar ropa, condón, el culo, la boca o el cerebro;
igual que la riza extrema,
que el celibato y la abstinencia,
o que Dios bailando el danzón con alguna desconocida doñita
en el Salón Victoria...
Igual que en tantas otras formas de amar,
qué difícil es encontrar a Dios en tus labios...
pero una palabra tuya bastará para besarlos.

PIROCROMO

20

#25 LGBT+

La DISIDENCIA SEXUAL Y DE GÉNERO COMO UNA RESISTENCIA POLÍTICA DESDE LO MONSTRUOSO en *Una mala noche* *La tiene CUALQUIERA* DE EDUARDO MENDICUTTI

Aman Baltezar

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Cuando ocurrieron las protestas en Colombia contra la reforma tributaria propuesta por el gobierno de Iván Duque y el Paro Nacional en dicho país a finales de abril de 2021, múltiples videos de las manifestaciones y del estallido social inundaron las redes sociales. De entre los videos cortos que evidenciaron el fenómeno social que se estaba viviendo en ese país latinoamericano destacó uno donde mujeres trans y varones travestis afrodescendientes y morenos marcharon junto al pueblo desde la resistencia y disidencia sexual y de género, visibilizando el papel político que también tienen las identidades periféricas; visibilidad que antes de la segunda mitad del siglo xx se había ignorado en las luchas sociales y en los cambios políticos de las naciones, como así lo enuncia Pedro Lemebel en su “Manifiesto (hablo por mi diferencia)”, que leyó como una intervención de la izquierda en septiembre de 1986 en Chile:

pero no me hable del proletariado/ porque ser pobre y
maricón es peor/ hay que ser ácido para soportarlo/ [...]

/ como la dictadura/ peor que la dictadura/ porque la dictadura pasa/ y viene la democracia/ y detrasito el socialismo/ ¿y entonces?/ ¿qué harán con nosotros, compañero? (vv. 11-13, 21-27)

Comienzo de tal modo este ensayo porque, así como sucede en los dos casos anteriores, en *Una mala noche la tiene cualquiera* de Eduardo Mendicutti, el escritor de Sanlúcar de Barrameda reflexiona y evidencia los impactos que tienen las transformaciones y cambios sociales en la disidencia sexual y en el colectivo LGBT+. Esto a través de la voz de La Madelón, mujer trans andaluza quien le platica al lector con un extenso monólogo su experiencia en las diecisiete horas y media que duró el golpe de estado por la Guardia Civil en el Congreso de Diputados el 23 de febrero de 1981.

La novela, publicada un año después del 23-F, se desarrolla en un tiempo posterior al golpe, al ser recordado y narrado por La Madelón desde su experiencia. El monólogo se construye en orden cronológico de acuerdo a los hechos del 23 de febrero, plasmando en su personaje protagonista la experiencia psicológica que se sintió en España por la ciudadanía, los medios de comunicación y la prensa durante la toma del Congreso, así como la evolución de éstos conforme al avance del evento histórico. Miedo, incertidumbre, nerviosismo, tristeza, tensión, catarsis y una serenidad última son algunos de los sentimientos que la personaja experimenta, pues con ellos recuerda su pasado en el franquismo, en el tiempo posterior a la muerte de Franco, en los días donde se vivió mayor libertad. Allí, su identidad dejó de ser clandestina y pudieron ejercerla libremente como actrices en un club nocturno llamado “Marabú”, al igual que su relación con otras mujeres trans y hombres travestis, y algunas de sus relaciones erótico-románticas.

Mendicutti reflexiona en dicho libro acerca del temor que hubo cuando ocurrió el retorno del fascismo que imperó en España después del golpe de estado de 1936 o algo similar a una dictadura de Sudamérica, como la de Chile por parte de Pinochet, donde se coartaron las libertades y garantías individuales. Aborda la confusión e incertidumbre por parte de la ciudadanía sobre lo que estaba ocurriendo en esas primeras horas, llegándose a pensar, incluso, que podía ser un ataque terrorista de ETA; también menciona la violación a las libertades de personas pertenecientes a la disidencia sexual y de género y otras iden-

tidades periféricas, como la de los judíos y los gitanos en estados ultraderechistas, fascistas y dictatoriales, presentada como una resistencia y militancia política; del mismo modo, refiere la dualidad en la identidad que se conforma en una pelea por el *yo*, impulsada por una epistemología normativa del sexo, género y cuerpo.

No obstante, en este ensayo me propongo comentar los dos últimos temas de la lista previa, ya que son los que el autor se dedica a construir de mejor modo a lo largo del libro. Para ello, cito lo que escribe Radi Blas en su *Antología poesía trava/trans*/ no binarie*, rescatado por Sánchez Villareal en su *Breve antología de poesía trans y travesti de América Latina*:

La poesía trans, trava y no binarie es un espacio político de resistencia que se desarrolla en las trincheras del lenguaje. Es una vivencia interna del género, una que desafía nuestros códigos lingüísticos y perceptivos, que cuestiona el canon literario, que moviliza y construye tramas semióticas que desconectan y conectan de manera provisoria la letra y la música del mundo. No tendría sentido ensayar aquí una definición; después de todo, de la poesía para adentro está todo permitido.

Por consiguiente, la literatura trans y travesti aborda al cuerpo y al ser desde la lengua como resistencia a la sexualidad dominante, es decir, a la normatividad hetero y cis, así como a los binarios que resultan excluyentes (hombre/mujer, homosexual/heterosexual), donde las y los obliga a ser de un modo distinto de su identidad. Debido a esto, la novela de Mendicutti mantiene un diálogo estrecho con la demás poesía y narrativa latinoamericana trans y travesti, en el sentido de que ambas, como lo explica Joseph Pierce (2020), hacen uso del *devenir monstruo* como un acto estratégico de oposición e insurgencia, disidencia estética y epistemológica en contra de la biopolítica,¹ por lo que se revela su inestabilidad teórica del cuerpo normativo y su imposibilidad

1 La biopolítica de Foucault consiste en entender “la heterosexualidad como modelo de una tecnología compleja destinada a producir cuerpos heterosexuales” (Sierra 30), la cual restringe y controla a los individuos. Ésta, en la teoría *queer*, tendrá gran influencia “sobre el que se articulará un paradigma político de poder, el biopoder” (Sierra 30). El biopoder se formará en la idea cardinal de ver el cuerpo como un instrumento de poder político. “El cuerpo también es un campo de batalla y el lugar en el que se inscriben –a menudo de forma nada metafórica– las marcas del poder” (Sierra 30-31).



Disidencias 01, Benjamín Armijo Rico.

de reconocer las diferencias de las identidades periféricas, ya que rechaza la categorización normativa.

A medida que la biopolítica comprende como *indeseables* los cuerpos no normativos, se ha aumentado en la literatura, en el arte y en la cultura “la visión entre el límite inestable entre lo humano y lo animal; lo humano y la máquina; lo humano y lo monstruoso” (Pierce 172) –y agregaría lo humano y lo vegetal, aunque en la obra que aquí nos incumbe no lo refleje claramente–. Visión entendida como la corporalidad desahaciéndose en sí misma en un límite difuso, donde se define y reivindica el ser un monstruo como un derecho de resistencia, y donde *monstruar* se refiere a la comprensión de la corporalidad como materia que es contingente, móvil, eternamente incompleta, mutable e invertida, que desorganiza las categorías políticas del sexo y el género, y rehace el concepto del ser desde el cuerpo “hacia un cosmos desconocido” (Pierce 173):

Ocupar la posición de lo monstruoso –monstruar– es rechazar el androcentrismo y las temporalidades y geografías inherentes a esta visión global. El monstruar es un rechazo encarnado de la incorporación estatal, sus imperativos culturales y sus normas sexuales. Es un rechazo queer de la ontología que, sin embargo, exige una reutilización de la orientación corporal –el mirar, el gesticular, el posar– a través de una forma nueva y monstruosa (Pierce 173).

Sin embargo, salirse de lo normativo en cuanto a sexo y género no es lo único monstruoso, sino que también los monstruos, tal como lo expresó la poeta argentina trans y “colibrí” Susy Shock, son los negros, las indias e indios y la naturaleza salvaje; todo aquello que resiste, se opone y contradice el sistema patriarcal, hetero y cisnormativo. Lo que podríamos entender en el contexto de España como todo lo que no se encuentre en el centro de los valores e ideología franquista, por lo que ser judío, gitano, rojo o emigrante, como La Madelón, es entendido desde lo monstruoso.

Con lo que respecta a la violación de las libertades de personas que pertenecían a la disidencia sexual y de género, y de otras identidades periféricas, como la de los judíos y los gitanos en el franquismo, La Madelón manifiesta su miedo de que la Guardia Civil, a mando de

Antonio Tejero, Milans del Bosch y el general Armanda, las persiga por ser disidentes de la biopolítica y de lo que la ideología conservadora considera “decente”. De igual forma, describe su temor a que instalen campos de concentración como los de los nazis y se regrese a un estado opresor, por lo que soñar con la libertad sería igual a soñar con nada en aquella noche. Para ilustrar lo previo, cito:

Y es que a mí me hace falta la libertad. Porque, si no, a ver de qué como. Qué espanto. Seguro que al final acabarían matando a La Madelón –ataúd forrado de raso granate, corona de nardos, hábito de las Arrepentidas– y habría que resucitar a Manolito García Rebollo, natural de Sanlúcar de Barrameda –tierra de los langostinos y de la manzanilla–, hijo de Manuel y de Caridad, soltero, de profesión artista (8).

Porque seguro que aquellos salían de allí como los nazis –que hay que ver cómo eran, qué barbaridad–, organizando cacerías de maricas y unas orgías fenomenales, regando los geranios y los jazmines hasta achicharrarlos con la sangre hirviendo de los judíos, los gitanos y las reinas de toda España (9).

Y luego ya se vería: Dios mío, lo mismo empezaban por la a y terminaban por la zeta, todo el abecedario, la guía de teléfonos nombre por nombre, una por roja, el otro por maricón, empeñadas *en dejar otra vez sólo a las decentes de toda la vida* (14, énfasis mío).

Este control de las identidades y de los cuerpos obliga a La Madelón y La Begum (amiga y compañera de habitación de la primera) a que se enfrenten ante una dualidad de su identidad: entre la que se considera correcta por los grupos contrarios a la transición política de España y a la que realmente pertenecen y son. Ambas se enfrentan a causa del *yo* que debe ser mostrado ante la sociedad y el Estado, un *yo* que no se entiende sólo en la percepción identitaria, física y de género del individuo, sino también en su rol social, como la de soldado o actriz trans. Ambas mujeres se comprenden desde dos individuos distintos: ellas y Manuel García Rebollo y Pedro Romero Torres, respectivamen-

te; los otros, los anteriores, los “decentes”. Esta multiplicación del ser conversa en paralelo con la obra poética del poeta mexicano trans Daniel Nizcub porque en ella refleja la incisión de la identidad en dualidades: de la una y el otro, de la lucha de un sistema que las desconoce y rechaza, y el dolor de poseer un cuerpo distinto a su género que hace que lo modifiquen. Dolor y transformación están mayormente reflejados en *La Begum* por los gestos faciales nerviosos que desfiguraban su rostro cuando era otro, Pedro:

[...] La desdichada parecía darse cuenta de pronto de cómo es ella de verdad. De cómo somos todas. [...] De lo mal que nos encaja el medio cuerpo de cintura para arriba, con el medio cuerpo de cintura para abajo. [...]. Una ya no sabe lo que es suyo de verdad y lo que es postizo. Y ya no hablo sólo del rollo de la silicona o de un detallito de cirugía estética, qué va; hablo más bien de lo de dentro, de la manera de sentir, de la forma de pensar, del modo de hacerle frente a la vida. [...] *Parece que estás hablando con un monstruito que eres mitad tú y mitad otra cosa. Un bicho de feria que tuvo una vida que ya no es suya de verdad, porque ha cambiado tanto que, cuando se acuerda de lo que fue, parece que está cogiendo lo que no es suyo, pero no ha cambiado del todo, y por eso una no puede, por más que quiera, cortar por lo sano, olvidar y empezar de cero [...]* (45, énfasis mío).

Esta dualidad, como puede leerse en la cita, permite lo monstruoso en el sentido del revoltijo y el insecto, de no aprehender la identidad propia en la confusión del ser, porque el cuerpo se deshace con Manuel o Pedro y escapa de binomios excluyentes mujer/hombre a no saber –o no poder– “machiebrarse”; una dualidad que es: “ser mitad y mitad; pero no en orden –como las sirenas, como los centauros–, qué va, qué más quisiera yo. Lo nuestro es ser mitad y mitad, pero a la rebujina, para qué engañarse” (13). Al igual que la literatura trans y travesti latinoamericana, Mendicutti plantea el *devenir monstruo* en contra de la biopolítica del franquismo, pues revela su inestabilidad teórica del cuerpo normativo y su imposibilidad de reconocer las diferencias con otros cuerpos periféricos. Es decir, si el golpe de estado

hubiera triunfado y La Madelón hubiera sido obligada a volver a ser Manuel sin dejar de ser ella, aunque fuera en lo oculto y en la clandestinidad, ¿cómo definiría un cuerpo normativo cuando piense que el de La Madelón lo sea, cuando en realidad no, porque no corresponde con su género?; ¿o quién es más maricón? —como se lo pregunta ella misma—, ¿ella o los integrantes de la Guardia Civil que entran a un Congreso donde hay diputados desarmados?

Por consiguiente, la monstruosidad de la dualidad es usada por el escritor español como un acto estratégico de oposición e insurgencia, disidencia estética y epistemológica, como un acto subversivo que apuesta hacia la libertad y la democracia. Por ello, ambas actrices del Marabú se manifiestan con sus mejores vestidos folclóricos, con los colores nacionales y andaluces, porque así el acto de protesta es más subversivo:

hasta se me ocurrió que, si alguien me obligaba a enseñar mis bajos —que una nunca sabe por dónde va a salirle la degeneración a las ministras del Interior—, mejor era que se me notasen los tolondrones; me parecía a mí más revolucionario (24).

Y aquella misma noche, con todo Madrid plagado de grises completamente escamados, [...] La Begum y La Madelón estrenaron acera oficialmente. Fue un rito precioso el de quitarse la ropa de hombrecito, sintiendo ese hormigueo que entra cuando se sabe que una cosa ya es definitiva, que ya todo va a ser seguir hacia adelante, y que dentro de nada llegará el momento en que una empiece a sentirse abiertamente a gusto en lo que siempre quiso ser; sin tanto laberinto, sin tanto disimulo, sin tanto escondite, sin tanta falsificación (55). Claro que tampoco se trataba de ir totalmente de incógnito. Yo creo que eso hubiera sido una cobardía. La gente se tiene que dar cuenta de cómo es una y de que no muerde. La gente tiene que acostumbrarse. Que una puede llevar una vida tan decente como la que más. O tan indecente. Que nosotras no somos ni peor ni mejor. Todas igual. Todas por el mismo rasero. Y es natural que una ponga todo de su parte para estar de lo más favorecida (67).

Finalmente, retomo el párrafo inicial de este ensayo: ser trans o travesti no significa solamente ser una persona de género variante respecto al sexo propio, es una identidad de resistencia política que contradice la normatividad obligatoria del sexo, del género y de los roles sociales en cuanto a estos dos. Es enunciar y protestar desde el cuerpo, la vestimenta y, como diría La Madelón, desde las fachas. Poner en el mapa estas identidades en relación a los eventos históricos, como lo hace Mendicutti en *Una mala noche la tiene cualquiera*, representa visibilizar otros sectores de la sociedad que han sido ocultos, pero que, de igual o mayor forma, reciben las consecuencias de los cambios y de las decisiones políticas. Tener una identidad periférica o disidente es posicionarse desde lo monstruoso, ver como un monstruo, entender la realidad, entenderse y ser entendido como tal, no como un acto fatalista y pesimista de la autoimagen, sino como un acto subversivo y revolucionario de oponerse a lo establecido desde el cuerpo y la identidad.

Fuentes de consulta

- Lemebel, Pedro. “Manifiesto (hablo por mi diferencia)”. *Revista Anales*. 2011: 218-221.
- Mendicutti, Eduardo. *Una mala noche la tiene cualquiera*. Madrid: epub libre, 1988.
- Pierce, Joseph. “Yo monstrúo. Encarnando la resistencia trans y travesti en Latinoamérica”. *Revista de Estudios y Políticas de Género*. 2020: 165-194.
- Sánchez Villareal, Felipe (prólogo). “Breve antología de poesía trans y travesti de América Latina de México a Argentina: nueve poetas radicales y en disidencia”. *Canal Trece*. 7 junio 2021. Web: <https://canaltrece.com.co/noticias/breve-antologia-de-poesia-trans-y-travesti-de-america-latina/>
- Sierra González, A. “Una aproximación a la teoría queer: el debate sobre la libertad y la ciudadanía”. *Cuadernos del Ateneo*. 2009: 29-42.

TIRESIAS

Mario Frausto Grande

entre mis piernas/ habita un cangrejo/
y otras veces
se acuesta una paloma/ en ocasiones
una boca de mujer
escribe junto a mi pecho en la arena/ en otras
un hombre es aire conmigo
y derramamos los huecos del cielo/ tengo
tenazas y alas
plumas y pasos húmedos/
todo lo que me habita se duplica
y hasta cuando dios da vuelta
y me mira
me sabe lento, leve/ soy el cangrejo
que habita en su vagina
cuando la fe se acaba/ y la paloma
que blanquea su pene
cuando la higuera no quiere secarse/
todo lo que me habita se duplica/
arena que recorre
aire que transparenta/ dios me mira de nuevo
teme a la luz oculta entre mis piernas/
volteo y lo miro atento
“soy el temor de tu mirada oscura”
le digo
lento, leve
“la medida más clara del amor”

PIROCROMO

30

#25 LGBT+

La PIEDRA CÁRDENA

Iván Medina Castro

Mtro. en Estudios Literarios UAEM

*Nosotros estamos
obligados a castigar las ideas falsas como otros
castigan los crímenes: con la muerte.*

Arthur Koestler

¡Por el cielo con sus constelaciones! ¡Por el día con que se ha amenazado! ¡Por el testigo y lo atestiguado! De las doce tribus se optó por un varón, cada uno de ellos elegiría doce piedras solidísimas y las apilaría de frente a sí mismo a la vista del réprobo. Rashid colocó las piedras de arcilla seleccionadas de los alrededores de la mezquita. Tras concluir, suspiró con aire resignado y esperó paciente.

El imamah de blanca aureola por un instante tapó el sol junto con todo el calor que me quemaba. Sin embargo, nada asimiló el fuego llameante concebido en las entrañas cuando advertí que aquel en arrojar la piedra inaugural sería Rashid. Nuestra amistad había iniciado en la madraza y con el tiempo se solidificó como lo hacen los troncos de los olivos.

Días antes de cumplir con la sentencia, desee con fervor retroceder el tiempo para sellar mis labios y evitar haberle develado el profundo amor que aún siento por él. Era inútil. Por lo tanto, rogué a Alá el Munífico que me concediera un instante a solas con Rashid para pedirle perdón. El momento se me concedió. Nos encontramos afuera de la celda en la cual me confinaron. A la distancia se oía el cuchicheo de mis custodios que, por respuesta divina, fueron alejados de los prisioneros y, justo, mi amigo había sido asignado a mi vigilancia. La noche sin luna y sin estrellas no permitía ningún tipo de claridad. A pesar de ello, los dos, en un arrebato, nos abrazamos un instante, aunque para mí fue una eternidad.

Rashid se desprendió de él con violencia y volvió la espalda con brusquedad, luego corrió a la zona de ejecuciones donde, aún regadas por el piso, yacían las piedras justicieras de la tarde, y dirigió una proclama

a Alá el Compasivo. Se agachó a recoger una de las piedras de atra-yentes contornos, embadurnándose con sangre impura y se lamentó. Horas antes, una mujer llamada Fátima acababa de fallecer por haber cometido adulterio. Los talibanes arrastraban el cuerpo profanado de la mujer que dejaba tras de sí una estela flotante de congoja.

Había llegado el día para cumplir con el fallo. Era una mañana clara, teñida de tonos violáceos; una luminosidad pacífica. Rashid se irguió y con lentitud se acercó a su amigo que esperaba en el campo de los suplicios, hundido en la soledad, y de quien recibió en las manos una piedra arenisca de un rojo profundo. Tragó saliva e intentó rechazarla enredándose en su turbante, pero no pudo evitarlo. Una vez que tomó la piedra, retrocedió sin apartar su mirada de los ojos lánguidos del procesado y musitó con voz ahogada: “¡Ojalá hubiera enviado por delante mi vida por la tuya!”. El castigado tenía un ojo hinchado y un coágulo de sangre sobre el labio superior, a pesar de ello, en su rostro barbado había orgullo y un cierto aire provocativo.

El condenado oía un murmullo apacible que se enredaba entre la voz cálida de su amigo y las plegarias de la población: “¡Glorifica el nombre de tu Señor, el altísimo!”, hasta que esa mezcla volviese en *crescendo* un ronroneo capaz de cubrir la penumbra del alba.

Al ponerse el sol, se le dio la orden de inicio a Rashid. Éste se paró frente al protervo y sostuvo con fuerza la piedra otorgada, pero al volver a mirar el rostro compungido de su amigo y recordar con detalle cuando juntos pastoreaban el hato caprino en las faldas de la montaña, su corazón se desmayó y quedó sin aliento. De pronto, se alzó súbita una nube de polvo que nubló su vista, regresándole el valor y, pese a las circunstancias, la piedra arrojada cayó en la sien del acusado, dejándolo como espiga desgranada. Una vez apaciguada la tolvanera, Rashid frotó sus ojos lacrimosos contra la manga, aguardó a que su respiración se normalizara y, después, con una marcha dolorosa, se aproximó a su amigo para cerciorarse de su muerte: una ancha herida rayaba su cráneo afeitado. De inmediato, se prosternó y clamó a Alá el Indulgente que le permitiese al alma de su amigo entrar en su jardín.

(Intitulades)

Leodan Morales

Comunicólogo, escritor y fotógrafo

Nos desnudamos. Encueramos nuestras pieles morenas. Somos territorios desconocidos en espera de ser descubiertos. Se abre una puerta, corremos descalzes por los andenes. Salimos a la superficie. No tenemos nada que nos cubra de la intemperie. Encendemos una fogata en el cenit del puente que atraviesa la ciudad. La alimentamos con las prendas que desde antes de ayer nos hemos quitado. Sube el fuego. Flota y se transforma en la nada del universo. Todo es transmutable, todo es transformista. Resuena el eco de los tambores, se acompaña de la vibración de cualquier guitarra. Cantamos bajo el idioma gutural de les no identificades. Nos sumergimos en la locura. Danzamos. Danzamos. Danzamos. Somos surreales.

Úniques en las olas del asfalto. Sudores que saben a periferia. Cuerpos otros. Cuerpos distintos. Cuerpos extraños. Cuerpos cuerpas. Amorfés.

Pisamos la memoria hasta sacar la esencia de les no recordades. Nos hemos colado en la azotea de la iglesia. El campanario de un lado, la torre vigía del otro. Parecen dos piernas abiertas donde hemos decidido hacer el amor. Nos reconstruimos a partir del pecado. Cristo mira desde su cruz, escucha atente la interpretación que damos a sus palabras. Sonríe, siempre ha amado a les marginades. Acabamos en un gemido y continuamos deconstruyendo la ciudad.

Marchamos sin la marca de los genitales. Cromosomas reinterpretades a partir del lenguaje del espíritu. Somos esencia y lo que nos dé la rechingada gana. Pasos desnudes derriten el asfalto. Salen a flote los restos, la sangre, los gritos y las súplicas de les asesinades por ir contra natura. El monumento en su honor será la base para construir la ciudad que debieron habitar. Les nombramos une a une. Descansen. Serán recordades.

PIROCROMIO

33

#25 LGBT+

Somos amant*s del ano. Agujero amorfo sin géner* que tod*s poseemos. Somos un ano que habla, que anda, que siente. Somos un ano de principio a fin. Somos un ano que se alimenta, que grita y que no le importan las formas. Somos un ano que canta, que baila, que existe. Somos un ano que se llena de orgasmos. Somos amorf*s. Somos an*s.

El lenguaje transgresor nos nombra. Lo inventamos. Somos la acción performática de un cuerpo disidente. Quememos las buenas costumbres. Desde antes de nacer ya habían caducado. Somos la intitulada existencia que se manifiesta de todas las formas no pensadas.

Me pienso. Me nombro. Y siempre existo.



Siento, Odellie Becerra Machain.

¡Viva México!

Antonio Orozco

Lic. en Creación Literaria UACM y profesor en APAC IAC

Sobre la cama, un pantalón vaquero, una camisa a cuadros, un sombrero texano y botas.

Emiliano sale del baño a su habitación envuelto en vapor, cubriendo su desnudez con una toalla en la cintura y, con otra más corta, secándose la cabeza. En su recámara no hay nadie, sólo él. Su esposa anda por las otras habitaciones de la casa apresurando a los niños: pronto han de irse y éstos aún siguen pensando qué van a ponerse para la cena. A lo lejos se oyen los gritos de la mujer regañando a sus dos hijos, por lo que Emiliano pone un poco de música para no escucharla. Si fuera cualquier otro día, la música en el cuarto sería de Bears Den, Siamés o Tom Walker, pero es 15 de septiembre y la habitación se llena únicamente con José Alfredo.

El vapor ya no rodea el cuerpo del hombre, sólo la toalla lo cubre todavía. Pasa frente al espejo de cuerpo completo y sonrío gustoso de mirar lo que ve, aún más orgulloso de su bigote: es tan negro como el carbón y tan espeso como el petróleo. Se pasa los dedos por el mostacho y se acaricia el resto de su barba; con toda la intención se la dejó crecer para esta fecha. Se mira a los ojos y, en el reflejo, ve la ropa en su cama; decide apurarse antes de que su esposa entre a regañarlo a él también. Mientras José Alfredo canta *El Jinete*, a Emiliano le da *sed de la mala*, sonrío ante esa y otras ideas, pero continúa vistiéndose. Se detiene de nuevo frente al espejo y se engomina el bigote; ha tardado más en peinarlo que en vestirse y, una vez que está satisfecho con el estilo de su vello facial, busca su corbatín. Con dinero o sin dinero se mira como rey y se corona con el sombrero texano. Se observa por tercera vez y se agarra la entrepierna, abultando su bragueta; se toma un par de fotos con el celular, presumiendo su hombría. Piensa en enviarlas por mensaje y lo hace.

Cómo me veo??
Te gusta??

Me encanta...

Ahora ven y hazme un hijo con
eso que tienes entre las manos.

En un ratito llego y te lo hago.

Emiliano sonríe ante la excitaci3n que ha generado y más se endurece su erecci3n. Se da un último vistazo, se gui a el ojo a sí mismo, apaga la música y sale de la habitaci3n justo en el momento en que su esposa iba a buscarlo.

— Qu  guapo te ves! —dice su mujer ligeramente excitada al observarle. Si no fuera porque ya se les hizo un poco tarde le pediría que la acompañara a la recámara, aunque sea por unos quince o veinte minutos.

—Gracias —contesta Emiliano sin mirar a su esposa. Pasa de largo frente a ella, ni siquiera nota que su señora también se ve hermosa con ese vestido de manta color negro, con un sinfín de bordados de hilo de oro sobre el busto y las mangas. Llega a la sala y ve a sus hijos mirando la televisi3n—.  Nos vamos?

Los cuatro salen para subirse a la camioneta y parten rumbo a casa de la abuela de su esposa. Durante el trayecto, la mujer mira la galanura de su marido: la camisa de cuadros se ciñe a él como segunda piel, al igual que el pantal3n vaquero resalta su virilidad y ese bigote lo hace ver tan varonil que ella suda sin control, y él, nada más mira el camino; s3lo en un semáforo en rojo, Emiliano voltea a verla y le sonríe sin decirle nada. Ella, por respeto a sus hijos, no le cuenta que la temperatura de su cuerpo comienza a sofocarla y él parece no darse por enterado. Como sea, son los últimos en llegar, pese a que de todos los que van a la cena de la noche mexicana, son los que viven más cerca de la casa de la abuela. La suegra de Emiliano se percata de que por fin han llegado y sale a recibirlos, contenta de ver que toda su familia se ha reunido; se siente aliviada: ya pueden servir el pozole y cenar todos juntos.

Los niños de Emiliano entran a la casa corriendo, ven a sus primos y se olvidan de saludar. El hombre ve el patio adornado con banderas y banderines, campanas, escudos nacionales, además de un charro y una china poblana de cart3n. Camina hacia las mesas y, en el centro de cada uno de los tablones, encuentra una canasta con dulces t picos: cocadas, palanquetas, alegrías y más. Emiliano saluda y saluda; hay tanta gente que piensa que nunca terminar , cuando en realidad

hay poco más de tres decenas de personas. Su mujer lo alcanza, lo hace agarrarla de la mano y juntos terminan de saludar a los presentes: todos familiares de ella.

—Buenas noches...

—Buenas noches.

Ignacio, su compadre y primo de su esposa, se levanta de su lugar para saludarlo; comía una alegría y se sacude, quitándose las borronas de encima. Emiliano suelta la mano de su mujer para saludar al compadre y ambos se abrazan, se dan fuertes palmadas como si sus espaldas fueran una tambora que va de fiesta de pueblo en pueblo.

—Compadre, bienvenido —saluda Ignacio mirándolo a los ojos. Después del abrazo aún siguen con las manos estrechadas.

—Buenas noches, compadre —dice la esposa de Ignacio y tiende la mano hacia Emiliano, que la estrecha en la suya y le da un beso en la mejilla; con su barba roza ligeramente el cachete de la comadre y ésta se ríe—. Me haces cosquillas...

—Lo siento —Emiliano mira a su comadre; repara en su ropa; a diferencia de su esposa, no viene vestida de manta o algo que haga alusión al día. Por el contrario, trae puesto un vestido de noche, uno que sería más apropiado para una fiesta de salón que para una noche mexicana en el patio de la casa de la abuela. Aun así, Emiliano la mira—. Te queda bien ese vestido...

—Oh gracias...

La esposa de Emiliano lo escucha decir un cumplido que para ella no dijo. Se siente incómoda y se atraviesa para saludar a la esposa de su primo, interrumpiendo la posibilidad de cualquier otro elogio.

—Buenas noches —dice y carraspea, escondiendo su molestia.

Al final de los saludos, Emiliano toma asiento con Ignacio a la derecha y su esposa a la izquierda; viendo que su comadre le ha quedado un poco lejos, al otro lado del primo de su mujer. Emiliano respira con fuerza, disfrazando un suspiro: tiene al objeto de su tentación tan cerca y tan lejos que debe guardar la compostura; empieza a sudar de las manos y de su entrepierna también.

La casa de la abuela se llena de barullo, del ruido de los niños corriendo, las conversaciones aquí y allá, el olor de la cena, los condimentos en las mesas, la frescura del agua, las burbujas de los refrescos; pero, en especial, de las canciones de Pedro Infante, Chava Flores y Javier Solís, entre muchos otros.

—¿Cómo han estado? —pregunta Emiliano a su compadre.

—Bien, bien. Gracias —contesta Ignacio.

Por un momento, ambos hombres se quedan callados; parece que las palabras se les acaban y nada más miran a sus hijos jugar entre sí. La esposa de Emiliano ve a su mamá servir, plato por plato, el pozole. A regañadientes, se levanta y convence a su comadre de hacer lo mismo; no quiere dejar a su esposo solo con ella y ambas mujeres se acercan para ayudar. Los hombres las ven levantarse y las dejan ir sin preguntarles a dónde van. Gracias a ellas y a otras mujeres en la casa, los platos de pozole llegan de la olla a la mesa, y al ambiente de la casa se le suma el olor del orégano, los rábanos, las salsas, el pollo o el puerco en el caldo. Entre las especias y los granos, la crema se unta en las tostadas, se acompaña de queso y comienza el crujir de éstas a lo largo de la mesa. La cena ha comenzado.

Los familiares reunidos en la casa de la abuela ven este 15 de septiembre muy diferente a otros. Es el primer grito que dará el autoproclamado *Esperanza de México*, y eso emociona a la mayoría de los presentes. Hay algunos detractores, como Emiliano, pero por hoy prefiere llevar la fiesta en paz; se limita a comer pozole, llenándose el alma con el olor y los sabores, comiendo tostadas con limón y sal, y, de vez en cuando, cambia el agua de jamaica por tequila con refresco de toronja. Ignacio trajo un tequila Sauza para todos que, mayormente, sólo beben los compadres. No hay una gran conversación entre ellos y llenan los vacíos de silencio con tragos. Ambos hombres van en el segundo plato de pozole y la botella ya va a la mitad. Le están entrando con ganas, como si se estuvieran dando valor.

Emiliano termina de cenar y repite. Se siente llenísimo, ha comido más pozole del que debía, pero es que estaba muy rico y no pudo resistirse. Trata de pasárselo con un trago de tequila con refresco, lo bebe de un jalón hasta acabárselo. Ignacio mira el vaso vacío y sin preguntarle le sirve más.

—Gracias —dice Emiliano ante la atención. Ignacio agarra el vaso, Emiliano corresponde con el suyo, los chocan entre ellos para brindar sin pronunciar algún motivo.

—Salud...

—¡Salud!

—¿Y para mí no hay? —pregunta la comadre sintiéndose excluida del brindis, levantando su vaso carente de tequila.

—Claro que sí, comadre —Emiliano estira el brazo, atravesándose frente a Ignacio, agarra el vaso, sirve y se lo regresa. Mira a la izquierda y ve a su esposa—. ¿Te sirvo?

—Pero agua...

Emiliano ve la jarra vacía y sin ningún problema se levanta para llenarla. Va hasta la cocina, atravesando medio patio, sorteando a los niños que juegan. Regresa y sirve el vaso de su mujer. Está por volver a tomar su lugar y se distrae observando dos cosas: su reloj, anunciando la proximidad del *grito*, y la botella de tequila casi vacía.

—Ahorita vengo —dice para su esposa y sus compadres, con una ligera sonrisa escondida en los labios que sólo uno de los tres alcanza a ver—. Voy a comprar otro tequila. No me tardo...

El hombre camina a toda prisa por el patio y llega hasta la puerta principal. No escucha cómo su esposa se ofrece a acompañarlo ni cuando su suegro sale de la sala, avisándole a los presentes que la transmisión oficial del *grito* está por iniciar. Tampoco ve cómo las mesas del patio se vacían para llenar los sillones de la sala y algunas sillas del comedor; todos frente al televisor. Ni se da cuenta de que los invitados a la casa de la abuela han esperado por doce años para ver a su Peje en Palacio Nacional y que ahora se sienten orgullosos de verlo al fin.

A toda prisa, Emiliano se sube a la camioneta y se echa varios metros en reversa. Apaga el motor y espera por unos minutos, mirando en la dirección de donde salió. Con los dedos juega sobre el volante hasta que ve a alguien salir de la casa de la abuela. La silueta en la calle mira en todas direcciones buscándolo, él le hace señas con las luces, indicándole dónde está; quien acaba de salir se echa a correr, deseando que nadie más salga de la casa. Llega hasta la camioneta y se sube. Mira a Emiliano y se muere por darle un beso. Él también, pero ambos esperan hasta alejarse del lugar.

—¿Nadie te vio salir? —pregunta Emiliano.

—No.

—¿Ni mi esposa?

—Nadie.

Las calles huelen a pólvora y el humo de cuetes quemados se esparce por las mismas como si fuera neblina. Emiliano mantiene las ventanillas arriba para que el olor y el humo no se cuelen. Avanza por las calles vacías, mirando, de vez en vez, a su acompañante. Se muerde

los labios aguantándose las ganas de un beso, se conforma con saber que ahora están solos y, en unos minutos, más cómodos.

—¿Vamos para tu casa? —pregunta.

—Sí. Ahorita no hay nadie —responde Emiliano con tranquilidad—. ¿O prefieres que busque un hotel?

—Me gustaría, pero perderíamos tiempo. Todavía debes comprar la otra botella de tequila...

—Ésa ya la traigo, está escondida en la cajuela.

Emiliano sabe que su casa está sola; no obstante, lo tranquiliza abrir la puerta y escucharla silenciosa, verla con todas las luces apagadas. Toma la mano de su acompañante y, en penumbras, atraviesan la casa hasta llegar a la recámara principal. Entran y, aún en la oscuridad, comienzan los besos, las caricias, los murmullos. Se deja llevar cuando un par de manos acarician su espalda desnuda y unos labios se lo comen a besos. Esas manos que hace unos instantes mimaron su espalda, ahora rozan su pecho, jugando con el vello de su tórax, bajando por su abdomen, hasta toparse con el pantalón. Las manos siguen su descenso, encontrándose con la erección de Emiliano a punto de desgarrar la bragueta. Esas manos ya son expertas en bajar el cierre de cualquiera de sus pantalones y, en el acto, hacen notar su experiencia. Su miembro sale del pantalón para toparse de frente con la cálida humedad de una boca que, hace poco, se lo comía a besos.

Está mojado, no sólo por la humedad de la boca que se *come* su virilidad, sino por los fluidos de su excitación. Gime y pide más, se estremece al sentir cómo la lengua frota todo el cuerpo de su pene. Grita de placer cuando esa misma lengua se pasea haciendo remolinos por el frenillo, masajeando por igual toda la corona del glande. Emiliano cree que está por *venirse* y prende la luz de su habitación para distraerse; se excita aún más al ver en el espejo cómo le hacen sexo oral. Si hace unas horas le gustó lo que vio en el reflejo, ahora se siente más hombre al mirar su cuerpo retorcerse de placer. Gracias al espejo, ve la cama y decide que es momento de continuar la acción en ella. Sin más, se deshacen de la ropa y se acomodan sobre el colchón de tal forma que el espejo en la recámara reflejará todo lo que suceda en la cama.

—Tómanos una foto así.

—¿Qué? —dice Emiliano, colocándose atrás.

—Tómanos una foto así. Si vestido te veías guapísimo, así te ves más, mi *caballerango*.

—Creí que no te había gustado. Ahorita que llegué no me dijiste nada —reclama Emiliano.

—Soy yo quien debería reclamarte. En vez de decirme si te gustaba cómo me veía yo, elogiaste a mi vieja.

Emiliano escucha el reproche y no pide disculpas por ello; se le ha hecho un hábito galantear con su comadre para no levantar sospechas. Desde hace un tiempo que se dio cuenta que su esposa le tiene cierta envidia a la mujer de su compadre y, por lo mismo, ni enterada de su doble vida, aunque Ignacio se ponga celoso de los halagos hacia su mujer. Ambos hombres se miran por el espejo, sabiendo que ésta no es ni la primera ni la última vez que es testigo de la intimidad entre ellos. Si éste hablara, quién sabe si les diría que ellos, en otra vida, fueron hombres que andaban a caballo y con pistola al cinto, uno vestido de caporal, presumiendo orgulloso, desde entonces, su abundante bigote y el otro, con un traje de tres piezas, un reloj de bolsillo y un cayado de empuñadura de plata en mano.

Ignacio bien podría seguir con su reclamo pero Emiliano decide callarlo, colocando su pene erecto en el ano de su compadre. Lentamente empieza a penetrar e Ignacio aprieta entre los puños las sábanas de la cama. Bien podrían usar alguna especie de lubricante para sus momentos de pasión, pero al compadre le excita sentir el miembro de Emiliano abriéndolo de nalgas, sin mencionar que a este último también lo pone muy caliente oír los pujidos de Ignacio al irlo aguantando dentro. El compadre deja caer su rostro y parte del pecho sobre la cama, levantando más las nalgas. Emiliano se monta sobre él, embistiendo entre la humedad del sudor de su cuerpo desnudo y gemidos suaves. Y mientras todo un país entero repite a grandes voces, desde sus casas o en el zócalo, la exclamación del presidente de interminables silencios, Emiliano, *viniéndose* en las entrañas de Ignacio, grita: ¡Viva México!



Después de la cuarentena, Alexis Gútel.

BLASFEMIA

Alejandra Pérez Cruz (Nexcoyotl)

Mamá me dijo que Dios me hizo a su imagen
y semejanza, entonces yo pensé
que Dios es homosexual porque él me hizo gay.
Porque hasta Jesús pasó más tiempo con hombres que con mujeres
y recibió un beso de quien después lo traicionó.
Cuando descubrieron su verdad, lo humilló todo su pueblo.
Y convertía el agua en vino, asistía a todas las fiestas,
se dejó mojar por Juan y David le bailó en calzones.

PIROCROMO

44

#25 LGTB+

Entonces yo digo que Dios es bisexual
porque él da amor sin problemas y ama por igual.
Muchos lo mantuvieron en secreto para que no los juzgaran
y ahora dicen su nombre antes de irse a la cama y cuando fornican.

Dios es asexual pues nunca sintió apetito por alguien,
nunca practicó el sexo ni tocó de forma incorrecta a otro ser,
cual paloma blanca sin impureza que gusta de las vírgenes.
Dios es de la comunidad porque él puso los arcoíris en la tierra
y mamá me dijo que para él yo soy perfecta.

NACER a LOS 14 PARA MORIR a LOS 27

Ivonne Lara Navarro

Ser lesbiana fue ser señalada por ello antes de descubrir que lo era.

Fue ser llamada tortillera antes de saber lo que significaba.

Fue ver, en secundaria, cómo le rompieron la alegría, la paz y la sonrisa a Norma, porque alguien dijo que era “rara”. Fue hablarle a escondidas para no ser rechazada por los mismos jueces de 13 años que no sabían nada del pecado ni del delito, pero sí del castigo.

Ser lesbiana fue aceptar a los 14 que lo era y ser silenciada. A pesar de eso, fue morir por primera vez a los 14 para comenzar a vivir, a partir de ahí, una segunda vida. Visto de otro modo, fue nacer a los 14.

“Sólo estás confundida, ¿cómo no vas a estarlo si te juntas con puros jotos y machorras? Supongo que hasta se drogan, supongo que hasta tienen sida”.

“Sólo estás confundida y quieres llamar la atención”.

Fue ver el asco en el rostro de mi padre, del mismo cabrón que después se fue con su amante dejando atrás tres hijos y una esposa, un hogar roto y un hueco en la calma.

Ser lesbiana fue descubrir el amor en los brazos de L y aún no poder decir su nombre porque nunca salió del clóset. Fue salir con F y jurarle guardar el secreto, fue escucharla decirme un día que eso era sólo un juego, ¿cómo iba a ser real si las dos éramos mujeres?

PIROCROMIO

45

#25 LGBT+

Fue encontrar un refugio en el regazo de la chica que me engañaba con su exnovio, y ver la satisfacción en los ojos de mi madre al enterarse y decir que me lo merecía.

Ser lesbiana fue ser acosada por un idiota 10 años mayor que yo, con el consentimiento de mis padres, a ver si así me “arreglaba”. Nunca estuve descompuesta, pero después de eso estuve rota.

Fue saber que la vida sería compleja y perder la esperanza antes de conocerla; acumular nombres en una lista y esconder besos sin rostro en el doble fondo de un cajón.

Fue ser chantajeada por dos oficiales, quienes nos dejarían en paz a mi novia y a mí a cambio de favores sexuales. Aún no tenía ni 18.

Ser lesbiana fue ser expuesta en una reunión familiar por la imbécil de Carmela y su hermana Beatriz, las primas del rancho que llegaron sólo a vomitar el chisme para ver qué cara ponían todos. Fue encerrarme en mi cuarto a llorar cuando me fue arrebatada una pulsera con los colores del orgullo, colores que ya llevaba en la sangre. Fue ver cómo rompían el póster de mi puerta, el último vestigio de L tras desaparecer huyendo de un padre violento y un exnovio psicópata.

Ser lesbiana fue escuchar a unos ancianos sin dientes decir “esto es lo que les hace falta, asquerosas”, mientras se agarraban los miembros afuera de un parque.

Fue esconder el amor en una caja llena de cartas bajo la cama, y esconder el dolor entre insomnios, llanto sofocado y cicatrices de autoleiones.

Fue sonreír discretamente al ver a dos críos de secundaria ocultarse en la noche para darse un beso, a unas chicas enlazando sus manos en el cine con disimulo.

Fue llorar sola en una casa vacía escuchando *Por amor al arte* y cantar casi gritando *Todos me miran* a coro en un antro gay.

Fue salir a marchar un día con ganas de que me vieran todos los que nunca fueron capaces de cerrar la boca o de abrir los ojos, que supieran que ya nunca más estaríamos solos.

Fue un día, sin más, tomar la mano de mi novia al caminar por la plaza, fue sentirme segura en sus brazos y en sus palabras, fue planear un futuro suave sobre el cual caer rendidas de tanta andanza.

Fue creer que el odio nunca volvería a ser más fuerte que el amor.

Fue suponer que las palabras ajenas no herirían hasta matar, pero descubrir que el odio, cuando no cabe por la boca, se escapa por las manos.

Fue no darme cuenta de que me siguieron al salir del bar, el mismo chico que nos insistió para hacer un trío (al que pareció no gustarle escuchar un “no”) y varios de sus amigos.

Fue no saber de dónde vino el primer golpe, ni recordar cuál fue el último que sentí.

Fue miedo, incertidumbre e impotencia, chillidos e insultos. “Pinche desviada”. Una navaja revolviendo mis entrañas. “¿No que querías ser como hombre?”. Risas burlonas. “Te hubieras traído a tu morra, también se la hubiera pasado bien”. Las ropas ensangrentadas sobre el suelo, alguien preguntando si quiero más, una bota oprimiéndome el cuello y una patada en la quijada para apagar los gritos de auxilio.

Fue ser reducida a un titular amarillista que se perdió entre otros tantos, aburridos y cotidianos:

Muere presunta prostituta tras asalto violento. [...] probablemente estaba ebria, probablemente estaba drogada.

No estaba confundida, tampoco quería llamar la atención.



Tanto de mí, Adriana Mosqueda Govea.

Poesía en TRANSICIÓN

ENTREVISTA CON DANIEL NIZCUB¹

Consejo editorial



Foto por: Consejo editorial.

Nizcub, háblanos un poco de tu obra y trabajo en la radio colectiva, en relación con la diversidad de género.

Muchas gracias a la revista y muchas gracias por la invitación. Algo que aprendí cuando supe lo que era vivir en Oaxaca, no sólo venir de visita, sino ver otras realidades como la diversidad tan grande que tiene, fue que la colectividad es muy importante en los espacios sociales, y es algo que nos ayuda para llegar a alguna finalidad que sea para un bien común, como los tequios o la guelaguetza, que todavía sigue

viva en Zaachila. Llegó un momento en el que después de 2006, cuando hubo un conflicto social fuerte y comencé a trabajar con la radio comunitaria, ésta se quedó siendo partícipe de la comunidad a través de muchas personas involucradas: desde las personas que colaboraban

1 Poeta, radialista comunitario, comunicólogo y hombre trans zapoteco-mixteco nacido en la Ciudad de México en febrero de 1984. Actualmente es correalizador de los programas radiofónicos “Con todas sus letras dialoguemos para la igualdad” (Consortio Oaxaca), “Espacio social” (Educa Oaxaca) y “Ser trans” (Ojo de Agua Comunicación), enfocados en temas de género, derechos humanos, defensa de territorio y diversidad sexual y de género. Es cofundador del proyecto “Acto Oaxaca”, asociación civil que se enfoca en visibilizar las realidades de las personas trans en Oaxaca. Es autor de *Poesía en transición* (Pez en el Árbol, 2017), considerado el primer poemario escrito por un hombre trans en México. Participó en la antología *Como si estrechara tu cuerpo. Poetas nacidos de 1970 a 1989* (Dilema, 2019), y en *Oaxaca-Trans Historias de vida* (Consortio Oaxaca, Culturas Diversas, Pez en el Árbol, 2020). Su poemario doble *Poesía en transición* (2ª ed.) / *Pido no ser yo* (Pez en el Árbol, 2021) es el más reciente que se ha publicado.

con algo para tener fiesta, o para tener de cierta forma para la luz, hasta las personas que estábamos dentro de la locución.

A la par, escribía un poco de poesía, según yo. No sabía cómo llamarla en ese tiempo, tenía como veinte años, más o menos; aunque tenía que ver un poco con lo que pasaba en Oaxaca, se trataba más del corazón y del amor: de lo que pensamos que es el amor o lo que se pensaba cómo se llevaba en ese tiempo. Sé que las juventudes están tratando de hacer una revolución de ello y es importante también. Entonces, esto me fue llevando un poco a otros espacios en Oaxaca, en la misma radio, para hacer procesos colectivos de radio comunitaria que estaban dirigidos al tema de mujeres.

En ese tiempo, comenzaba a hablarse mucho más acerca de la participación de las mujeres, y de las mujeres indígenas concretamente, en las comunidades y en la defensa del territorio. Esto me llevó a autocuestionarme, siendo un hombre trans: ¿qué estaba siendo yo ahí escuchando a las mujeres? Obviamente tratando de escuchar, porque tampoco me sentía como la persona que tenía que ir ahí a sentirse parte de, ni porque me sentía así, aunque sí desde mi sentir de pertenecer a mi comunidad de Zaachila. En ese momento no existía la palabra *trans*, pero ya comenzaba a trabajar con las cuestiones de género. Y bueno, cuando poco a poco me voy dando cuenta de que existen estos términos, de que las personas trans existimos, mis letras cambian a nivel personal, a lo que yo llego a escribir en cuanto a poesía, pues es lo que me ocurre, lo que veo y lo que siento en mi contexto, incluso también de cómo ha cambiado el territorio y a dónde se está llevando el asunto de la siembra del maíz, de la siembra de cosas que ya no se hacen en esta zona, porque está semiurbanizada. Por esto se va cambiando esta forma de escribir mía hacia lo que estaba pasando en ese momento, de decir —yo no sé si al mundo, pero por lo pronto a mí mismo—: que yo era yo, que yo era Daniel, que había cosas ahí que no entendía y que iba a emprender un viaje, un camino personal; que iba a ser la misma persona siendo otra, no sé cómo explicarlo. Pero en las letras de una forma están, que me iban a llevar a transitar, no sólo hacia dentro, hacia mí mismo, sino también hacia la sociedad. Iba a cuestionar a personas que estaban fuera de mí, o sea, desde mi familia hasta la sociedad, en la comunidad en la que vivo y en la misma radio que hacía, pues mi voz cambió mucho, por la cuestión de la testosterona que me tomaba, ¿qué iba a pasar con eso? Y eso es lo que da entrada, ya un poco después, a por qué hacer *Poesía en transición*.

En la entrevista que te hicieron “Somos Voces” en 2020 dijiste que tu poemario Poesía en transición es un libro colectivo. ¿Nos podrías hablar un poco de esto y cómo, si ha habido una influencia, la comunidad y la oralidad de Oaxaca han influido a tu voz poética? ¿Consideras que tu poemario es un libro colectivo de las vivencias trans?

De primera mano, el trabajo no lo hace tan sólo quien lo escribe. En este caso no sólo soy yo, ya que pasó por otras manos: por la editora, por Moisés Cerero, quien es mi primo y quien hizo el diseño de la primera edición, por Alejandra Canseco, quien hizo la ilustración donde aparece mi persona, por las personas que comparten sus letras en la presentación del poemario, y por las que estuvieron metidas en la cuestión de impresión e, incluso, empastado, porque hubo una primera parte en la que se quiso hacer de manera artesanal, pero no quedó como se esperaba, aunque ahí está una de las primeras formas en las que empezaron estos compañeros que ahora se dedican a encuadernar y empastar. También forman parte en este poemario los epígrafes, que eran una especie de trabajo colectivo, digo yo, porque de pronto estaba en la escuela o con amigos, con amigas, y pedía que me regalaran palabras, no sé, como *árbol, leña, agua, lluvia, viento*, y con éstas formé estas especies de epígrafes. Esto lo hice en mi propio proceso de reconocimiento y de transición, por lo que también fueron personas que me han acompañado en este camino y que lo siguen haciendo. Aquí están algunas de sus palabras que se les habían, en ese momento, no sólo ocurrido, porque sabemos que no sólo es eso, pues de alguna forma lo estaban viendo, sintiendo y viviendo, por eso pienso que es un trabajo colectivo.

Y, bueno, por supuesto, creo también que tiene mucho que ver la colectividad que vivo muy diversa, porque, por un lado, mi mamá es zapoteca, es de Zaachila, donde actualmente vivo y donde quiero seguir viviendo porque me encanta. Y en este lugar, que es muy cercano a la ciudad de Oaxaca (cuando yo nací, nací en la Ciudad de México, en Neza; dice una amiga que es la novena región de Oaxaca, aquí son ocho regiones y la novena sería la ciudad de Nezahualcóyotl, porque está repleta de personas de ahí), mi abuela materna y mi abuelo paterno tenían un mercado donde vendían productos de Oaxaca, y yo crecí entre esos olores y gastronomía, y cada vez que había tiempo, me iba a Zaachila en las vacaciones, a vivir en el pueblo, que lo era en ese tiempo. Yo llegué a vivir aquí justamente hace veinticinco años, y algo que

siempre me ha dicho uno de mis tíos maternos era que nunca deje que alguien hable por mí, en ese caso lo decía: “tú eres zaachileno, conversa con tus otros pares y demás, pero nunca olvides que nadie hablará por ti”, y creo que esto hizo un eco muy grande, porque yo soy un hombre trans, y he decidido que no seguiré siendo objeto de estudio.

Por eso creo que también la literatura y toda la forma creativa en la que podamos expresarnos, no sólo las personas trans, sino todas las diversidades humanas que somos, nos dan el privilegio de hablar de nosotros mismos, de nosotras mismas, de nuestra propia persona. Eso es también lo que he intentado plasmar con esta publicación. De alguna forma, también a lo largo de este tiempo, desde 2017 para acá, hay personas de la comunidad trans que se han apropiado de las letras y las han replicado en sus formas, ya sea que las hayan leído para ir encontrando las variantes de su voz o haber hecho ilustraciones u otros textos que van derivados de; por lo que creo que esto colectiviza al poema, al poemario en este caso, pero en general a toda la poesía, a toda la creación humana. Creo que cuando toca eso de poderse replicar y poderse colectivizar, tiene que ver con eso, con soltarlo, con que se vaya caminando a donde tenga que ir, y que sean otras voces, otras manos, otros ojos quienes lo vean.

En tu obra vemos una dualidad que habita la voz lírica entre tu yo y ella, ¿cuál fue la complejidad de plasmar ésta en Poesía en transición y a qué crees que se deba el hecho de que la relación de ambas partes pueda ser entendida como un enfrentamiento?

Algo que me viene a la mente con esta dualidad de la que hablan son las últimas presentaciones que se hicieron de la segunda edición de *Poesía en transición*, que además es doble, porque atrás viene otro poemario, que es *Pido no ser yo*. En éste vienen poemas que escribí antes de saber qué era ser una persona trans, pero que, aun así, a pesar de no saber el término *trans*, hay algunas luces en algunos de estos escritos que van diciendo: “a ver, creo que tú vas a ir por allá”, aunque yo no entendía qué estaba pasando, y en realidad los entendí cuando los volví a leer ya muchísimos años después, dije: “esto iba para acá”, “esto era en realidad algo que me decía sobre ese algo que me habitaba”; una especie de dualidad como se puede llegar a pensar dentro de las culturas precolombinas y en muchas culturas que van más allá de Occidente, pues hay muchos

términos, muchas formas de definir género, o quizá debamos decir géneros. Ésta puede ser una de las razones por las cuales de pronto hay una cuestión de decir que estoy confrontando, que estoy peleándome con mi pasado. Creo que de 2010 para acá empezó todo este asunto de mayor circulación de la información, que fue incluso en el año de 2009 o 2010 que yo me enteré de la existencia de estos términos a través de YouTube y de todos estos medios. En ese tiempo no teníamos esta información, entonces, a veces el pasado realmente se borraba por pasar, no sólo desapercibido ante el mundo, sino para no enfrentarte a tantas violencias.

Cuando yo comencé a ir al sexólogo para platicar de esto que me ocurría, yo le preguntaba dónde estaban los demás hombres trans, y me decía: “es que ya se fueron, no están aquí los hombres, los trans masculinos”, o sea, como yo; las chicas de pronto sí estaban por ahí en algunos espacios, sobre todo más visibles en términos de trabajo sexual, en la calle y entre otros espacios que no sólo son cliché, también son realidad, pero los hombres trans no. Entonces yo preguntaba: “¿dónde están?”, y me decía que tenía dos pacientes, pero que se fueron de Oaxaca porque cambiaron totalmente su vida. Imagínate, si aquí los conocieron de una manera, ahora, pues son otras personas, y se van y hacen su vida como si no existiera su pasado, ¿no? Yo me negué a hacerlo, por eso me quedé aquí, por eso creo que la colectividad es bien importante, y yo dije: “no, yo me quedo en Oaxaca”. Y ya no tanto que vaya a confrontarme a otro yo, porque, al final, todos en el pueblo, en Zaachila, en mi trabajo —que también es otra colectividad pequeña como estos espacios en los que nos vamos desarrollando— me conocían de otra manera, pero yo mismo me conocía de una manera. Era una cuestión que yo al principio negaba mucho, como “no, espérate”; no puedo decir que a la fecha he dejado de decir que respeten mis pronombres y de no decir mi nombre anterior, entre otras cosas, pero antes era como “no menciones que yo era antes así, no hay que mencionarlo, no hay que decirlo”, pero, poco a poco, esta reconciliación, como lo dice Nallely Tello, quien es la que hace la presentación por Pez en el Árbol, es como el saber que este camino que estoy recorriendo no hubiera empezado si no hubiera tenido ese inicio que tuvo, ¿no? Y más allá de si se hubieran escrito estas letras o no, no hubiera aprendido a reconocer que estamos viviendo en una sociedad en la que ya no nada más soy yo, sino que, incluso ahora, están siendo escuchadas las infancias trans, pues también hay personas que cada vez lo son, al decir: “¿Sabes qué? Yo me

vivo así, yo tengo mi vivencia de esta manera, mi realidad es ésta y no solamente es como nos la han estado contando que ha sido.”

Y bueno, sabemos históricamente, repito, que hay muchísimas otras formas de mencionar a los géneros, de habitar las realidades en las que existimos. No sólo el caso de la muxeidad en Oaxaca, sino también hay muchos otros pueblos precolombinos a lo largo de Latinoamérica y de Estados Unidos que tienen esta manera de nombrar a los otros géneros y que, además, habitaban estas sociedades de una manera distinta a como es ahora, que son burlas, discriminación, violencias, etc. Entonces, creo que más allá de ir hablando de lo que es actualmente, hay que retomar la historia y decir que al principio también fuimos unas sociedades incluyentes.

Hemos notado que en tu primer poemario, que se titula Poesía en transición, existe un límite estrecho entre el silencio y la voz. ¿Cuál es la relación de estas voces que se callan o que se alzan en este proceso de cambio y qué consecuencias trae cada una de ellas en el mismo a través de la poesía?

Creo que lo principal, al menos para mí, porque de principio no pensaba que se iba a publicar y que iba a salir un poemario, es que yo lo hacía porque me estaba viviendo algo, y tenía que contárselo a alguien, porque no había más hombres trans alrededor ni personas que lo comprendieran a este nivel; o sea, la gente que me escuchó, sí, pero había gente que no lo comprendía al nivel que yo hubiera querido, entonces comencé a escribirlo. En un principio, uno de mis temores era hormonarme, que creo que es la expectativa también para muchas personas trans, no voy a generalizar, hablo de las masculinidades trans y hablo también de —no voy a generalizar, lo repito, habrá quien no lo quiera así, pero hay quienes sí, como en mi caso— las que, como yo, se querían hormonar; lo hago y llevo mi tratamiento hormonal.

Yo hacía radio comunitaria, como les decía, entonces, en un principio, las personas de la comunidad ya me conocían con una forma de hablar, con un tono de voz, etc., y no sólo las de la comunidad de Zaachila, sino las de las localidades donde llegaba la señal en la que yo colaboraba en radio, entonces yo me cuestionaba qué es lo que iba a pasar con mi voz; y durante mucho tiempo este asunto de la voz, para algunas masculinidades, como en mi caso al menos, tiene mucho impacto. Cuando comencé mi transición social, únicamente trabajaba en las comunidades de la Sierra



St. Junio, Felipe Ugalde.

Norte, dando talleres con niñas y niños, talleres de género y demás. Les contaba un cuento que estaba relacionado incluso con el teatro y yo era el único que se los contaba; para esto, tenía que ver con una tortuga y un tortugo que eran pareja, entonces, para hablar del tortugo me ponía un sombrero y para hablar de la tortuga me ponía un rebozo, y así les contaba el cuento, jugando con esta forma dual, porque no había más personas y porque así era la historia. Cuando yo llevaba a cabo mi transición social, yo no hablaba, tenía muchos silencios, porque de pronto pensaba: “si digo algo, van a escuchar mi voz mucho más aguda de lo que me veo”, porque era una cuestión, incluso –no debería ser así– por seguridad: no sabemos qué persona va a reaccionar cuando se le presenta una u otra situación. No con esto digo que hay que justificar que existan los roles y las formas en las que se define el género, porque creo que hay muchas que son demasiado violentas para las realidades trans, pero en ese caso yo no quería ser “descubierto”. Y estos silencios eran los que me acompañaban, en un principio, porque no había información; después porque no había personas que quisieran escucharlo, luego porque podría ser algo que tal vez llegara a ser violento hacia mí, y finalmente porque ya no sabía lo que le iba a pasar a mi voz. Bueno, la transición ya se hizo, el cambio se fue haciendo; perdí el miedo a todos esos cambios que iban a llevarse a cabo, y uno de ellos fue ése, por eso es que en la segunda edición hay, en ambos poemarios, poemas dedicados a la voz.

Y ya viéndolo en un sentido más colectivo, creo que también ahora se ha vuelto de una forma, en algunos espacios, donde hay personas trans colaborando de diferentes maneras y que lo traen hacia su quehacer, otras voces, no sé, ya no sólo es la mía, sino que ya es la voz de alguien más. Una vez me contactó una estudiante, creo que ya se había titulado de derecho, que quería citar uno de mis poemas al principio de su tesis, y me lo leyó. Cuando lo escuché en su voz, fue otra cosa, o sea, su interpretación, su forma... yo dije: “guau, el poema suena tan bonito siendo interpretado de otra manera en la que ahora yo soy el espectador del poema”. Por eso también ha sido, de alguna forma, esos silencios que habitan a las personas *trans*, para irlos rompiendo y ser esa voz necesaria que grite al mundo que aquí estamos y que no nos vamos a ir a ningún lado.

Finalmente, ¿qué le recomendarías a las juventudes actuales de género variante para transmitir su voz en el texto poético o literario?

Cuando yo estaba joven, ja, ja, ja, y no sólo de esa vivencia trans, porque no la conocía, sino también de esta vivencia distinta a lo que era considerado “normal”, porque en aquel entonces era leído como una mujer lesbiana en el pueblo, no había espacios, o más bien ninguno, donde no sólo se llegaran a exponer las letras, sino a compartir, aunque no fuera necesariamente a nivel público, en círculos o en espacios de lectura. Ya fue un poco más grande cuando encontré uno aquí en Zaachila, pero en realidad hay pocos espacios. Sin embargo, creo que aun teniéndolos, sucede que, si es que ocurre todavía —y sobre todo ahora que estamos encerrados por la pandemia—, cuando nos vivimos de manera diversa, también nos encerramos en nosotros mismos, en nosotras mismas. Y en esa juventud en la que no entendemos qué está pasando con nuestros cuerpos, no sólo si eres trans, en realidad, cualquier persona, cuando llegas a estos cambios hormonales, tú mismo no sabes qué es lo que ocurre contigo y estás muy encerrado, encerrada en ti. Creo que algo que me ha salvado muchas veces es el hecho de escribir, no con el fin de pensar que va a ser publicado o que una revista de Aguascalientes me va a entrevistar, no, sino en que es bueno dejar este sentimiento de una manera que esté materializado la escritura o la forma de creación, para que te puedas leer a ti mismo, a ti misma en el futuro, y darte cuenta de cuántos pasos has dado, de cuánto te has atrevido a hacer.

Repito, las adolescencias no son para nada fáciles, las juventudes tampoco, pero si hay algo que nos pueda acompañar, no sólo en ese momento, sino, creo, de por vida, es cualquier creación que hagan, y si es escrita, que es lo que yo hago, qué mejor, ¿no?, que sigan escribiendo. Creo que también algo que podría decirles y que me ha llamado la atención últimamente es que todo está ocurriendo muy rápido con estas formas de escribir, de tener el Facebook o el Twitter a la mano, que es un muy buen ejercicio; creo que con tan sólo un límite de caracteres generes una idea o algo literario, poético y todo, es genial, es hermoso, pero creo que también de pronto es bueno y es sano hasta para la misma humanidad parar un poco y respirar. Entonces, algo que podría decirles es que, si escriben algo, lo guarden un rato, lo dejen respirar y lo vean después con otros ojos críticos, decir: “ay, por aquí voy bien, esto sí va, esto no va”; ir poco a poco evolucionando desde sí mismos y de su propio trabajo. Lo que puedo decir es que, por favor, no dejen de escribir, que si algo siempre va a necesitar este mundo son estas personas que dejan, a través de este tipo de lenguaje, constancia de que tenemos humanidad.



Dunas de tu cuerpo, Felipe Ugalde.

a eLLa (QUE TAMBIÉN SOY YO)¹

Daniel Nizcub

Cómo explicaré
la extinción de su voz
y sus nuevos silencios.

O que sus palabras
ahora serán sonrisas lejanas
para quien no quiera escuchar.

Cómo justificaré su muerte
cuando amanezca
desnuda sobre la cama
con un falo imaginario en la mano
y el pecho ensangrentado.

¿Para qué disculparme de su muerte
si yo también la perderé?
Yo también presenciare su entierro,
lanzaré a su tumba las flores que sean necesarias
para que parta feliz.

Después vivirá en mi memoria,
en las cicatrices que dejará su paso por mi cuerpo,
se asomará al espejo de vez en cuando
sólo para decir adiós.

1 Poema extraído de *Poesía en transición*, de Daniel Nizcub, Pez en el árbol. México, 2017. Disponible en Colectivo Editorial Pez en el Árbol y a través de las cuentas personales de Facebook e Instagram del autor. <https://www.facebook.com/daniel.nizcub268> y https://www.instagram.com/daniel_nizcub/

Estará feliz de despedirse una, dos,
infinitas veces.
Le permitiré hacerlo,
que parta todas las veces posibles.

Y todos pedirán
que pronuncie palabras en su nombre;
¡pero no lo haré!
Lloraré a mi manera: a solas con ella y en paz.



ÍNDICE DE IMÁGENES



Ramé
Laura Valeria Estrada Arias

6

Moonlight
Paola Denis García Prieto

12



PIROCROMO

62

#25 BHM



Disidencias 01
Benjamín Armijo Rico

24

Siento
Odelie Becerra Machain

35



Después de la cuarentena
Alexis Gütel

43

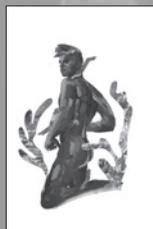


Tanto de mí
Adriana Mosqueda Govea

48

Sr. Junio
Felipe Ugalde

55



Dunas de tu cuerpo
Felipe Ugalde

58

Amándonos
Livier Miroslava

61

